

Tomás Navarro Tomás



ANDRÉS AMOROS

PARA muchos estudiantes de filología hispánica, el nombre de Tomás Navarro Tomás iba unido al de un libro que les había servido de manual: igual que los de Menéndez Pidal, Lapesa, Gill Gaya o Seco. Ese parece ser destino de los autores de manuales que son utilizados ampliamente durante años. En el mundo intelectual español, si no me equivoco, poco se solía recordar su presencia viva, salvo con motivo de alguna elección académica; excepto los especialistas, muy pocos se acordaban ya del editor de Garcilaso y Santa Teresa, de su labor en la revista "Hora de España". El paso del tiempo y el exilio —en este caso, sin retorno— han sido los causantes de este olvido. Desgraciadamente, ha tenido que ser la noticia de la muerte la que trajera otra vez el nombre de don Tomás Navarro Tomás a las páginas de nuestros periódicos.

Uno de los grandes aciertos del Centro de Estudios Históricos —y de las causas de que su labor fuera tan fecunda— era el reparto de especialidades, teniendo en cuenta, claro está, la gran categoría de los distintos colaboradores. Menéndez Pidal editaba los textos medievales y enseñaba la gramática histórica a discípulos como Rafael Lapesa. Don Américo permanecía dentro del ámbito de la ciencia positiva alemana, antes de que el exilio le abriera a nuevos horizontes de filosofía de la historia española. Montesinos realizaba estudios y ediciones de nuestro teatro clásico, a la vez que ponía a los hombres del 27 en contacto con la poesía tradicional y de Lope, haciendo posible lo que se llamó el neopopularismo de García Lorca y Alberti. Pedro Salinas se ocupaba de la literatura contemporánea, editando un "Índice literario" que sigue siendo modelo admirable de atención seria a la literatura viva. Homero Serís acumulaba papeletas para su bibliografía de la literatura español-

la. Dámaso Alonso mostraba que la dificultad de Góngora no era oscuridad gratuita, sino deslumbrante claridad del creador de una nueva lengua poética...

Visto desde hoy, uno no puede por menos de admirarse ante la labor realizada, de tratar de imaginar lo que sería aquella atmósfera de trabajo. Cada uno estaba, evidentemente, donde debía estar, dedicado a lo que le gustaba y podía hacer mejor. (Esto, tan obvio, no podría decirse de nuestra Universidad de posguerra). Homero Serís, por ejemplo, no hubiera podido hacer el trabajo de Pedro Salinas, ni al revés.

En ese conjunto de estudiosos, a Tomás Navarro Tomás le correspondió la especialización en fonética y geografía lingüística, aunque su capacidad de filólogo desbordara también a otros campos. En el suyo, no resulta nada exagerado afirmar que —como don Ramón o don Américo— sentó las bases para la investigación científica en España.

Sin entrar en pormenores especializados, tendré que referirme a sus tres manuales: el de pronunciación, el de entonación y el de métrica española.

El "Manual de pronunciación española" (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, publicaciones de la "Revista de Filología Española") es una obra clásica desde hace más de cincuenta años. Su objeto es "describir breve y sencillamente la pronunciación española, tratando, sobre todo, de facilitar la enseñanza práctica de nuestra lengua en este aspecto poco conocido de su naturaleza". Después de unas nociones de fonética general, describe los sonidos españoles (vocales, consonantes, grupos) y añade unos ejercicios de articulación y de entonación, así como ejemplos de transcripción fonética de textos narrativos y dialogados. Muchos miles de alumnos extranjeros han encontrado en este libro, sin duda, una ayuda eficaz para

el aprendizaje práctico de nuestra lengua. En cuanto a los españoles, este manual ha sido etapa obligada de todo aprendiz de filólogo. Si no me equivoco, va ya por la 19.ª edición.

El "Manual de entonación" desarrolla nociones anticipadas ya en el libro anterior. Una vez más, la seriedad científica va unida a una presentación sencilla y clara. En este caso, además, con el mérito de introducir prácticamente en nuestra lengua un campo de estudio tan rico como nuevo: "Las inflexiones musicales de la palabra, con sus tipos específicos y sus variantes accesorias, con las zonas y límites de cada modalidad, y con el parentesco y semejanzas entre unas formas y otras, constituyen uno de los aspectos más genuinos e íntimos de la tradición lingüística de cada país". La primera edición de este libro apareció en los Estados Unidos, entre las publicaciones del Instituto Hispánico de Nueva York, luego en Méjico y, por fin, en España.

Por último, su monumental tratado de "Métrica española" (edición española: eds. Guadarrama) me parece una obra de permanente vigencia. Para los que consideran la métrica como algo absolutamente indigesto y carente de interés, asomarse a este manual puede ser ocasión de comprobar qué profundamente enlazada está con problemas específicamente literarios e históricos. Esto conduce a un problema muy concreto; Navarro Tomás organiza su libro por períodos históricos y literarios: la juglaría, la clerecía, la gaya ciencia, el Renacimiento, el Siglo de Oro, el Neoclasicismo, el Romanticismo, el Modernismo y el posmodernismo. Así, cada uno de los versos y estrofas aparece en su debida conexión histórica con los otros "competidores" que en cada momento tenía. En la práctica, sin embargo, eso hace que el libro no sea de fácil manejo para el estudiante que desea

abarcar rápidamente, por ejemplo, la descripción e historia total del octosílabo o del soneto. En este sentido, de más cómodo manejo es el libro posterior de Baehr ("Manual de versificación española", ed. Gredos). En cuanto a su parte última, lo ha prolongado hacia lo actual Francisco López Estrada ("Métrica española del siglo XX", ed. Gredos), que lo considera "punto de partida para la interpretación de la métrica".

No quiero extenderme ya más en pormenores científicos, pero sí mencionaré —sólo eso— sus trabajos como organizador de una obra monumental, el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica. Después de nuestra guerra, Manuel Alvar ha encabezado la serie de trabajos que continuaban por esta vía.

En todos estos libros de Navarro Tomás me ha llamado la atención la presencia constante de unas notas: claridad, sencillez, rigor, orden, ausencia de pedantería... Es decir, deseo de ser útil, de prestar un servicio efectivo a la cultura española: una vez más, si no me equivoco, el espíritu del Centro de Estudios Históricos.

Se fueron ya Amado Alonso, Salinas, Pidal, Américo Castro, Montesinos, Homero Serís... Ahora, Tomás Navarro Tomás. Para algunos sectores de nuestro mundillo cultural, eso significa una vacante académica por la que luchar. Uno piensa —como siempre, en estos casos— en los estudiantes españoles que no pudimos recibir directamente su enseñanza. Pero en casa tengo esos libros suyos (desencuadrados, subrayados, resumidos, anotados, llenos de viejos papellitos) que le hicieron a uno ser un poco menos ignorante. ■